



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Malele PENCHANSKY



Historias de sobremesa

Crónicas gourmet
con una inquietante
filosofía de señoras

Notas de Esteban Feune de Colombi
Prólogo de Orlando Barone



MAREA
EDITORIAL

Verano



El yacaré y la torta, la poeta y el harén

*Mi cocodrilo verde / Terroncito de azúcar/
Las gaviotas anidan / En tu litoral.*

José Dolores Quiñones¹

El yacaré² de criadero se ha convertido por estos días en un exotismo criollo para los viandantes que transitan *la ciudad junto al río inmóvil*.³ Precisamente, una amiga de ojos azul profundo contó que en un conocido restaurante de la Recoleta⁴ había probado un delicioso plato de yacaré a la plancha con timbal de trigo y hierbas, cuyo sabor remitía a una suerte de cruza de *pescado al pollo* —como decía mi tía Petite— y de rana, un manjar para el Negro O., amante de la filosofía y de la pesca, a quien apodábamos “Cacique”.

La sobremesa —cuando corre el buen vino— propicia historias que fluyen entre carcajadas y un estado de delirio cósmico que atrapa a los conversadores y se bambolea por ríos infinitos. Así fue que, inspirada por los cuentos del cacique filósofo, recordé una historia maravillosa, que decía así.

1 Célebre bolerista cubano. Las estrofas del acápite pertenecen a *Mi cocodrilo verde*, interpretada por el músico brasileño Caetano Veloso en su *Fina estampa*, disco grabado en 1994.

2 Suerte de cocodrilo sudamericano, lo hay ñato y lo hay overo.

3 Título de un libro de novelas breves de Eduardo Mallea, publicado por la Editorial Sur en 1936. Borges, que reconocía en *La ciudad junto al río inmóvil* “uno de los títulos más bellos para un libro”, usaría la ocurrencia de su amigo Mallea para una de las estrofas de su famoso poema *Juan López y John Ward*, que integra el volumen *Los conjurados*, el último que publicaría en vida el escritor que ¿descansa? en Ginebra.

4 Barrio chic decadente del tablero porteño.

A fines del siglo XIX, el litoral argentino estaba plagado de yacarés. Varias tribus de indios habitantes del Paraguay y del Brasil le tenían respeto y hasta lo veneraban, según cuenta el escritor Luis Sepúlveda en su *Yacaré*.⁵ Un siglo antes, en sus *Viajes por la América Meridional*,⁶ el español Félix de Azara (1746-1821) había observado con mirada minuciosa y cándida –pero no tanto– la conducta de animales, plantas, personas y grupos sociales que conformaban el mundo americano.

“Todos participan –decía– de la indolencia común a los seres animados del Mediodía de América y de su natural más dulce.” O, lo que es lo mismo, algo similar a un sitio paradisíaco donde naturaleza y persona mantenían una suerte de idilio salvaje y pacífico, no hollado por pasión alguna, al parecer, esta, una creación (¿o deformación?) cultural. Así, el yacaré, “que los españoles llaman caimán”, según Azara, “se encuentra en todos los lagos del Paraguay y hasta en los ríos cuya corriente no es fuerte. Con frecuencia no se ven más que sus ojos fuera del agua, pero hacia el mediodía sale para dormir sobre la arena de la orilla y apenas oye ruido se precipita en el agua. Se reconoce generalmente el lugar donde se encuentra este animal por el olor a almizcle que despide y se dice que tiene cerca de los riñones dos bolsas que están llenas de este licor. No se aleja del agua y su marcha es pesada, por lo que no se le teme en tierra”.

Pues bien, la historia de Cacique refería que en la primera mitad del siglo XX, un correntino se iba a

5 Novelista chileno (1949) que inaugura una corriente literaria que podríamos llamar “ecologista”. *Yacaré* fue publicada junto a *Diario de un killer sentimental* por la editorial Tusquets –Barcelona– en 1998.

6 Esta obra fue editada en dos tomos por la editorial argentina El Elefante Blanco en 1998.

casar con una chica paraguaya. Y la torta de bodas, de cinco pisos, venía en barco desde Asunción del Paraguay⁷ (en una escena precursora de las películas del cineasta yugoslavo Emir Kusturica) hasta un campo cercano a los Esteros del Iberá,⁸ donde se realizaría el casamiento, en la paquetísima estancia de la familia del novio.

En la embarcación venían la novia, sus padres y una comitiva bien típica y folclórica, adornada de acuerdo con los cánones de la estética paraguaya: colores llamativos y diseño algo bizarro, detrás de un acento trabucado. En el barco había una orquestita con arpa, guitarras y marimba.⁹

La novia arrobada se entusiasmaba con las letras de los temas: *Noches de Ypacaraí*, *India* y *Sublime añoranza*.¹⁰ La madre de la chica –gordísima– cuidaba obsesivamente la torta de un blanco immaculado, solo mancillado por el verde esmeralda y rabioso de las columnas que sostenían los cinco pisos. Y en la cúspide,

7 Por el abigarrado río Paraná, el segundo de Sudamérica y uno de los más importantes (infleamos el pecho) del mundo.

8 Un estero es un terreno pantanoso que suele cubrirse con vegetación acuática. Los del Iberá (en guaraní, “aguas brillantes”), situados en la provincia de Corrientes, son particularmente bellos, y anticipan –inmemoriales– la pintura de Monet pero con chicharras criollas.

9 Presumiblemente, la orquesta de los hermanos Benítez, un cuarteto conformado por un dúo de gemelos particularmente entonado en todo sentido. La marimba –instrumento semejante al xilófono– era un recuerdo traído desde Guatemala por los Benítez.

10 *Hits* paraguayos. Sempiternos himnos de la música folclórica del país hermano, cuna del desaparecido Augusto Roa Bastos, en este año 2005. Vale la pena recordar que junto al lago de Ypacaraí, Armando Bó le hizo tomar *whisky* a la inefable Isabel “Coca” Sarli para que se desnudara en la película *La burrerita de Ypacaraí*, que puede verse cada tanto por el canal Volver.

las guirnaldas coloradas de las que emergía la figura azucarada de los novios. La familia del prometido, de paladares ajenos –por cierto– a esa estética, se lanzó en su propia lancha al Paraná a recibirlos. La torta resplandecía, los cantos arreciaban, la novia, enternecida, lagrimeaba.

DE CÓMO LA TORTA FUE A PARAR AL LOMO
DEL MANSO YACARÉ

Se produce el encuentro a mitad de camino: el padre del novio, un señor refinado y culto (pero muy apasionado, celoso y de revólver siempre a mano, a la manera litoraleña), no soportó la epifanía de la comitiva *kitsch*. La torta, en particular, produjo un efecto desquiciante en el hombre, acostumbrado a los muebles de roble, de nogal, a las reliquias heredadas de los primeros españoles dueños de las tierras (tierras estas que les habían *comprado* a los indios a cambio de espejitos de colores).¹¹

Los paraguayos invitaron a sus consuegros a subir al barco. Una vez allí, el estanciero calzado comenzó su mandamiento.¹² De un modo sutil se fue aproximando a la torta y cuando no lo miraban –habiéndose percatado de que el tórrido sol obraba efectos en el color de las columnatas, que comenzaban a chorrear su tinta verdosa sobre el blanco impoluto– intensificó la

11 A cambio de algo que no existe, ¿o acaso alguien vio espejitos de colores alguna vez sin viajar en sus venas globulillos escoce-ses?

12 “Perturbarás a la gorda.” Confesión recogida por un cronista correntino de Sociales y publicada en el diario *El Litoral* la semana siguiente del altercado con un epígrafe del cuento *Enoch Soames* del escritor y caricaturista inglés Max Beerbohm (1872-1956): “En la vida y en el arte lo que importa es un final inevitable”.

metamorfosis acercándole sucesivas llamas de fuego, so pretexto de encender sus habanos. Una sorda lucha comenzó a entablarse de ahí en más, entre la suegra gordinchuela, vigilante de la blancura de la torta, y el estanciero que trataba de ensuciarla, con malicia, fundiendo las columnas verde agua.

La señora —claro— ignoraba lo que ocurría, pensaba que todo era producto del clima natural del mediodía: el sol cayendo a pleno sobre el barco que orillaba el Paraná, un Paraná casi derretido. El terrateniente, a esa altura, había colocado con disimulo el índice en el gatillo. No sabía muy bien para qué, por si las moscas...¹³ Y el destino quiso que en ese preciso instante un enorme yacaré asomara sus ojos como dos diamantes por entre el camalotal. Gritos de terror intentaron opacar las estrofas de “India bella mezcla de diosa y pantera / doncella desnuda que habita el Guairá...”.¹⁴ Las mujeres se escondieron detrás de los músicos que seguían haciendo sonar la orquesta para calmar los ánimos. El padre del novio disparó unos tiros al aire para apaciguar los alaridos de la gorduela que solo pensaba en salvar la torta y, de vez en cuando, untaba su mano en la crema tibia. El yacaré —entretanto y ajeno al alboroto— se desplazaba lento para dejar el agua.

La madre de la novia —en estado de total descontrol— se tiró del barco, porque en ese lugar ya se hacía pie. La caída al agua es inenarrable. El estanciero aprovechó la ocasión para dar un empujón a la torta veteadas —íntegramente teñida de verde— que fue a dar precisamente sobre el lomo antiguo del yacaré. El animal,

¹³ Como decía el escritor de origen hondureño y adopción mexicana, Augusto Monterroso (1921-2003), en su prodigioso *Movimiento perpetuo*: “La mosca invade todas las literaturas”.

¹⁴ *India*, guaranía compuesta por los intocables Manuel Ortiz Guerrero y José Asunción Flores, figuras inmarcesibles de la música paraguaya de todos los tiempos.

manso y pesado, ni se mosqueó. Siguió su camino cargando la torta descuajeringada. Llegó a la arena blanca de la playa pequeña y se quedó así, tranquilo, como lo que era, un lagarto al sol, un yacaré de pura cepa litoral, embriagado por los rayos calcinantes y por su perfume a intenso almizcle. El espectáculo era tan cómico y delirante como peligroso. No había que molestar para nada al animal, que no se mete con la gente a menos que lo provoquen.

Así fue que la comitiva paraguaya y los anfitriones correntinos, hermanados en el silencio y en el desastre, se retiraron despacito, en puntas de pie y caminando hacia atrás, mirando fijo la escena, controlando que el yacaré no se diera cuenta de su presencia y no se moviera. Allí quedó el bicho, horas, tirado al sol y relamiendo entre sus fauces el almíbar de la torta paraguaya, completamente pervertida.

DE OTROS FUEGOS Y OTROS SIGLOS, LAS HISTORIAS SE ENTRELAZAN

Bien sabía de fuegos que derriten y de soles desbocados, varios siglos más atrás, en el XVI, la poetisa italiana Chiara Matraini (1515-1598).¹⁵ Obligada estuvo a casarse sin poder elegir, a los 16 añitos, con un tal Vincenzo Cantarini, un déspota malhumorado a pesar de su alegre apellido. Chiara fue pionera en el arte de vivir una pasión ocultísima con un joven poeta a quien le dedicó sus fogosas *Rimas*: una franca transgresión a la moralina renacentista que juzgó (y leyó) con pésimos ojos su blasfemo amor por el amante con quien compartía cuerpo y alma en ardores paradisiacos.

Matraini fue una *rara avis in terra*, un pajarillo hirviente. Publicar poemas de amor dedicados a un amante que todo el mundo sabía no era su marido fue

¹⁵ Ver nota 1 de “El goce tentacular”, p. 89.

una audacia poco común. “Y cual ave que el fuego entre las plumas / siente arder, por lo cual volando sale / del dulce nido, mientras del incendio / huye, el fuego reaviva con las alas.” Tremenda la Matraini: fue exótica y reveló su delirio a los cuatro vientos. Por supuesto que el fuego que la consumía tenía nombre y apellido. La primera vez se llamó Bartolomeo Graziani, pero ella se cansó un poquito de las correcciones de Bartolo que no escribía con su estilo, algo achispado y desgraciado. Le había dedicado unos versos que decían así: “Tolomeo, Tolomeo, ten paciencia, en el portico / si te portas bien te haré / polenta con pacarico, mejor dicho, pacarito”. Y así no iba a andar la cosa porque Graziani le señaló, con razón, que no se decía portico con acento grave, sino esdrújulo, pero Chiara estaba empeñada en publicar sus *Rimas* como a ella le gustaban. Y así lo hizo.

La segunda vez, el fuego –la hoguera– se llamó Cesare Coccapani. El apellido Coccapani la indujo a crear versos de una intensidad *fuori serie*. Veamos: “Coccapani, *amore mio* / abrázame con pasión / no temas, no te haré daño / si limpias primero el baño”. Una adelantada... En 1555, Matraini ya escribía poemas didácticos sobre las tareas domésticas que debían realizar los varones domados. Así le fue. Esta vez Coccapani la insultó de arriba abajo antes de retirarse de la vida civil y meterse a monje.

RUMALDA MURILLO, UNA PASIÓN AFORTUNADA

En la otra punta, tres siglos más tarde, en el XIX –lejos de los desaires y muy cerca de Cupido y de la diosa Fortuna– nació Rumalda Murillo en 1877, en el corazón de Entre Ríos. Fue allí, en un paraje cercano a Gualaguaychú, donde se obsesionó con la idea de poseer un imperio.

Ya desde pequeña dibujaba en la arena blanca la casa

enorme en la que soñaba vivir. Criada por sus hermanos varones y unos tíos que le enseñaron a leer y escribir (y a manejar el revólver y el rifle como nadie), desde chica se vestía como un muchachito. Por eso en la zona le decían “la varón-esa”, apelativo que con el tiempo devino en Baronesa. Bien: Rumalda se disfrazaba de hombre, como tantas mujeres del siglo XIX de América y de Europa (recordar a Calamity Jane,¹⁶ en Estados Unidos, a Aurore Dupin, a Karen Blixen¹⁷ y a tantas otras, en Europa), porque de ese modo podía cumplir mejor sus deseos plenamente femeninos en un mundo signado por la cultura masculina.

Muy peleadora y puro fuego, había quienes la llamaban “Polvorita” porque su pasión por la vida era tan fuerte como su mal carácter, un verdadero infierno. Así las cosas, un día, a los 16 años, Rumalda emprende un recorrido por el interior de su provincia, pasa luego a Corrientes –donde permanece un tiempo– y por fin llega a Misiones. Se instala en pleno monte misionero, duerme a la intemperie, se maneja a los tiros: se abraza y se alinda. Tiene el pelo negro hasta la cintura, ojos oscuros y bien abiertos. Tanto, que descubre a un alemán magnífico –culto y aventurero– que desembarca en Misiones a cazar yaguaretés. Lo reconoce pese a que es colorado y se confunde con el color de la tierra misionera. Se enamora perdidamente de ese hombre rojizo, como el Barón Corvo de

16 Juanita Calamidad (1852-1903) se llamó en realidad Martha Jane Canary y nada tenía de canaria ni de canario. Fue la mujer más valiente de la temida frontera californiana: su leyenda se reprodujo en las novelas del Oeste y en el cine sus botas se las calzó Doris Day, en 1953. Aunque enterrada junto a Wild Bill Hickoc, otro temerario fronterizo, fue el indomable Buffalo Bill –con quien tuvo un hijo– el besador dilecto de sus labios secretos.

17 Para Aurore Dupin ver nota 20 de “Nunca se llega”, p. 105 y para Karen Blixen referirse a la nota 2 de “Una pasión devoradora”, p. 122.

Venecia,¹⁸ pero sin títulos de nobleza. Sí porta diploma universitario y sabe varios idiomas, aunque ignora el guaraní que Rumalda le enseñará luego en un inquietante experimento lingüístico. Al poco tiempo, su compañero de aventuras aprende a decir *n-gaú* (que quiere decir, “de mentira”) y permuta su apellido alemán-italiano un tanto frío y distante, Winter Imperinatto, por Caldo Abrasatto, bien itálico y fogoso, en homenaje a la rama italiana de Rumalda. (Caldo Abrasatto le enseñó a su amada a fumar en pipa y ella llegó a tener una colección mayor aún que la de *madame* Pompadour,¹⁹ quien alcanzó a atesorar trescientas.)

La llamó también “mi baronesa” porque le recordaba a Karen Blixen, la encantadora y audaz baronesa Blixen, pero en versión negra. A cambio, Rumalda le hizo conocer el secreto de sus habanos de hoja, casi tan buenos como los Cohiba cubanos,²⁰ pero más sueltos de hoja, porque Rumalda era bien atrevida,

18 Autotitulado Barón Corvo, Frederick Rolfe (1860-1913) es una de las figuras más intrigantes del decadentismo literario inglés. Conocedor del lenguaje felino y, entre otras excéntricas virtudes, dibujante heráldico, escribió una novela, *Hadrian the Seventh* (1904), que pone en escena a un oscuro escritor –presumible *alter ego* suyo– que accede al papado e impone reformas hilarantes en la casa de San Pedro: sus asistentes se pasean desnudos, al modo neo-helénico, y hacen ejercicios gimnásticos. Reformas que adoptaría Pío XI dos décadas más tarde. Murió ignorado y miserable, mientras dormía en una vieja góndola veneciana.

19 Ver nota 19 de “Débil es la carne”, p. 65.

20 Cohiba era la palabra con la que los indígenas nombraban el tabaco antes de la llegada de Colón. La famosa marca de habanos Cohiba, creada en 1968, producía, siempre a mano (observar a las pacientes torcedoras es una actividad embriagadora), unos puros purísimos, testados por Fidel Castro que recién permitió que se comercializaran en 1982. Recordar la frase de Winston Churchill, eximio fanático del habano castrense: “Yo siempre tengo a Cuba en mis labios”.

para nada cohibida y vivía con el puro en la boca. Su boca era de un *calentamen* bravío. Caldo Abrasatto quedó perdido de amor por la morocha, que solía alzarlo en brazos, lo vestía como a Lawrence de Arabia pero al estilo guaraní, con vincha y plumas, y le alababa el pelo rojo y los ojos azules con desaffos de este estilo: “Abrasatto, el *mio amore*, / quédate en el monte impío / para siempre, sin *temor-e* / Europa te aburrirá / vive conmigo la vida / que *n-gaú* es divertida”. Y el alemán le creyó y se quedó con Rumalda para siempre. Ella le devolvió el apellido Imperinatto para poder cumplir su sueño de ser la dueña de un imperio. Hicieron una casa blanca enorme de dos plantas, en la que instalaron un parque lleno de yaguetés de todos los tamaños, bien domesticados. Una selva propia y encantada, a la manera de los cuadros de Henri Rousseau,²¹ el aduanero, exótica como el amor que los abrasó de por vida.

FINAL ALLEGRO E RITORNIAMO A LOS VIAJEROS Y COSTUMBRES

En el mismo siglo XVIII, cuando Félix de Azara abrazó estas tierras de América del Sur y describió de tan dulce modo a los naturales que las habitaban, una inquieta viajera inglesa, Lady Mary Wortley Montagu,²²

²¹ Henri Rousseau (1844-1910), pintor naif, expone por primera vez en el Salón de los Rechazados, en París, en 1885. Sus encuentros con Alfred Jarry, patafísico, en 1893, con el poeta Guillaume Apollinaire y el pintor Robert Delaunay, en 1906, le abren las puertas de la bohemia de Montmartre y extienden las endebles –e incomprensibles– marcas de su trazo particular y autodidacta. Tal es así que Picasso le ofrece un banquete (que se llamó, traduzco, “se me hace agua la boca”) en 1908, para celebrar sus creaciones y saludar al artista.

²² Lady Mary Wortley Montagu (1689-1762), políglota y de

da cuenta de sus impresiones sobre Europa, Asia y África. ¿De qué nos enteramos en sus famosas *Cartas desde Oriente*? Por ejemplo, de que en el harén que visitó por dentro, dada su condición de fémina – ilustrada para mejor–, las mujeres se las arreglaban para pasarla de maravillas.

Cuando entró a un serrallo,²³ en Turquía, pudo comprobar que las habitantes de la supuesta cárcel se las ingeniaban muy bien para descubrir múltiples placeres, ayudándose entre ellas de manera solidaria y dedicándose al lujo de fantasear más allá del encierro. Y en muchos casos, burlándolo, solo que sin decir esta boca es mía.

Tal, el caso de Amina, una morena de ojos negros como el *kohol*,²⁴ que se escapaba todas las noches con el lugarteniente del sultán mientras sus compañeras se turnaban con máscaras y velos disfrazándose y bailando para que el señor del harén ignorara su ausencia. Pero de estas cosas, bien raras, poco se sabe. A menos que se trate de una larga sobremesa ética. Muyyyyyy ética. Que de alcoholes y poetas, torta, fuego y yacaré está lleno el reino de la creación. ¿Verdad?

descarada valentía, casada con el embajador británico en Turquía, Lord Edward Wortley Montagu, penetró en los harenes otomanos y reveló sus misterios en sus *Cartas desde Oriente* (publicadas un año después de su muerte, en 1763) y no hace mucho, en 1998, en Barcelona, por la editorial Casiopea. A su vuelta al imperio británico, Lady Montagu importó –aunque apenas si fue escuchada– la vacuna para tratar la viruela, con la que había curado a sus dos hijos.

23 Parte destinada a las mujeres en las viviendas musulmanas. Se usa como sinónimo de harén, del árabe *harim*, lugar vedado.

24 En el antiguo Egipto el *kohol* negro embellecía la mirada y protegía los ojos de la luz penetrante del desierto.

YACARÉ A LA MANERA DE THIMUS

*(Confitado sobre puré de berenjenas tostadas,
polvo de naranjas y cebollas)*

Ingredientes para 6 personas:

Para la carne:

1 cola de yacaré, limpia y pelada

500 cc de aceite de oliva

500 cc de aceite de maíz

10 granos de pimienta

1 ramillete de tomillo

4 hojas de perifollo

Para el puré:

1 berenjena grande

2 cucharadas soperas de aceite de oliva

1 cucharada soperas al ras de azúcar negra

50 g de queso crema

Sal

Pimienta

Para el polvo:

Cáscara de 1/2 naranja confitada

1/2 cebolla blanca mediana

Preparación

Disponga el yacaré en una cacerola y cúbralo con los aceites. Agregue los granos de pimienta y el tomillo. Lleve a una ebullición muy baja, no más de 80 grados, y cocine de 2 a 3 horas o hasta que la carne se desprenda del hueso. Deje enfriar en el mismo recipiente. Retire el yacaré y sáquele la carne con las manos. Deseche los huesos y reserve. Aparte, tueste la berenjena hasta que la piel se queme por todos los costados. Dispóngala en una asadera con las 2 cucharadas de aceite de oliva y termine la cocción en horno fuerte, hasta que esté bien tierna. Deje enfriar y corte en dos a lo largo. Retire la pulpa con una cuchara y procese con el azúcar, el queso crema y sal y pimienta a gusto. Para hacer el polvo, corte la cáscara de

naranja en *brunoise* y seque en horno bajísimo por 2 horas, sobre un *silpat* o papel manteca. Corte la cebolla en rodajas de 1 mm de espesor y disponga en otro *silpat* o papel manteca. Seque durante 2 horas en el horno a temperatura mínima (se puede reemplazar por polvo de cebollas que se vende en algunas dietéticas). Junte ambos ingredientes y muélos en un molinillo de café. Reserve en un lugar seco y tapado herméticamente. Salpimiente la carne y sívala con el puré, el perifollo y los polvos.

La receta da para disfrutarla con una copa de Viognier (aroma a miel de flores; sabor a frutas de carozo: damasco, durazno) en mano y también con un Rosé en versión confitada (de Merlot) o más seco y corpulento (Cabernet Sauvignon-Malbec-Gamay).

La música, *Recuerdos de Ypacaráí*, cantada por Caetano Veloso. Se puede continuar escuchando todo el CD *Fina estampa*, donde, entre otras maravillas, está la citada *Mi cocodrilo verde*.



Índice

Prólogo, <i>por Orlando Barone</i>	9
VERANO	
• La soportable levedad del ser	15
• Elogio de la Malinche.....	26
• El yacaré y la torta, la poeta y el harén	34
OTOÑO	
• El pez de la pasión	49
• Débil es la carne.....	58
• La fierecilla adobada	69
INVIERNO	
• El embrujo de las diosas.....	79
• El goce tentacular	89
• Nunca se llega.....	99
PRIMAVERA	
• Erotismo que no cesa.....	111
• Una pasión devoradora	122
• Sublime obsesión.....	134
Agradecimientos	149
Sobre la autora	151
Bibliografía	153